

Capítulo 4

Acompañantes epistémicos: la invención de la colaboración etnográfica

Adolfo Estalella y Tomás Sánchez Criado

Este capítulo explora la relación que existe entre colaboración e invención en la etnografía para argumentar que la colaboración etnográfica se puede conceptualizar como un efecto de la inventiva en el trabajo de campo. Sabemos que nuestros trabajos de campo son siempre más complejos de lo que el método propone y describe y que nuestras etnografías están a menudo cargadas de improvisación, creatividad e inventiva. Creemos que examinar la inventiva que muy a menudo atraviesa las relaciones de campo puede arrojar luz sobre los modos de colaboración que muchos sitios de la contemporaneidad demandan. Más importante aún, al invocar la inventiva etnográfica como un elemento central de nuestro trabajo de campo queremos hacer visible toda una serie de prácticas, técnicas y gestos relevantes que a menudo son ignorados o invisibilizados cuando planteamos que la colaboración es el producto del método. Nuestro argumento, por lo tanto, problematiza una manera habitual de pensar la colaboración como el efecto de ciertas premisas metodológicas y sugiere conceptualizar y describir la colaboración como el efecto de la inventiva etnográfica desplegada en el trabajo de campo.

Los antropólogos estudian relaciones a través de relaciones: establecemos relaciones para comprender cómo otros se relacionan entre sí, tal es la descripción que Marilyn Strathern (2018) hace del oficio antropológico. Siguiendo la argumentación, podríamos decir que la antropología se ha dedicado a lo largo de su historia a inventariar las diferentes formas y concepciones de la relación que se encuentran a lo ancho del globo. Comienza con el parentesco y después se amplía progresivamente hacia todo tipo de contextos en los que da cuenta de la variabilidad de la relación social. A medida que la disciplina amplía su alcance e incluye nuevos modos de relación ha tenido que ir modificando, a la par, el tipo de relación que antropólogos y antropólogas mantienen con aquellos a quienes pretende comprender. Los modos de relación en el campo se han transformado progresivamente a lo largo de la historia de la antropología.

Si consideramos las últimas cuatro décadas, los objetos y modos de indagación de la disciplina han mutado a medida que la disciplina ha penetrado en sitios antes ignorados o fuera de su alcance (laboratorios, centros administrativos, etc.), se ha interesado por nuevos objetos de investigación (globalización, medios de comunicación de masas, etc.) y se ha ocupado de nuevas formas de sociabilidad (mediadas por tecnologías digitales, establecidas con animales o plantas, etc.). Ese itinerario ha llevado a reconsiderar toda una serie de aspectos de las prácticas tradicionales del trabajo de campo etnográfico y los modos de relación que estas permiten. La propuesta de etnografías multi-situadas, por ejemplo, es una respuesta a la geografía compleja de las relaciones de un mundo globalizado (Marcus, 1995). La incorporación de todo tipo de tecnologías digitales equipa el trabajo de campo para establecer las relaciones mediadas propias de los mundos digitales (Hine, 2000), mientras que las invocaciones recientes a la experimentación evidencian un intento por explorar trabajos de campo cuya relacionalidad es tentativa y abierta a sus imprevisibles demandas (Marcus, 2014).

La etnografía, como vemos, se enfrenta constantemente a la reformulación de sus modos de relación en el campo: a través de

geografías dispersas, mediante tecnologías digitales o exploraciones tentativas. “El trabajo de campo ya no es lo que era” han argumentado algunos autores (Faubion *et al.* 2009), y el estudio de nuestra contemporaneidad parece demandar de la etnografía toda una serie de adaptaciones. Entre ellas emerge en la época presente el impulso por superar las asimetrías implícitas en las relaciones que antropólogos y antropólogas mantienen con los otros a través de ejercicios de colaboración (Holmes y Marcus, 2012; Konrad, 2012; Kelty, 2008), una reflexión que se prolonga desde hace varias décadas pero que parece intensificarse en el momento actual. La colaboración se ha convertido en una figura relacional a la que se atribuyen todo tipo de virtudes epistémicas y políticas.

No está claro, sin embargo, qué significa colaborar con otros y otras cuando hacemos trabajo de campo. Sí resulta evidente que la figura de la observación participante no es una buena descripción de nuestras etnografías recientes, como tampoco lo es de toda una serie de proyectos etnográficos desarrollados en espacios de producción de conocimiento como laboratorios, grandes instituciones financieras, administraciones públicas, entornos activistas y centros artísticos (Riles, 2015; Rabinow y Bennett, 2012; Holmes y Marcus, 2005a). Etnografías que se internan en toda una serie de experimentaciones etnográficas en las que construyen infraestructuras digitales, diseñan encuentros públicos o se esfuerzan por diseñar las condiciones para pensar en común. Las formas de relación en el campo no están simplemente orientadas por una metodología conocida, sino que son logros tentativos, resultado de la invención etnográfica. La colaboración es un desafío relacional, pero no solo en el campo, como argumentamos más adelante. Esos modos de relación que establecemos durante el trabajo de campo nos demandan que encontremos la manera apropiada de dar cuenta (o dar relación) de las relaciones que hemos establecidos con nuestras contrapartes etnográficas.

La reflexión que planteamos se sitúa en diálogo con dos literaturas diferentes: por un lado, una amplia reflexión antropológica sobre los modos de hacer etnografía y el lugar que el trabajo de campo

tiene en la producción del conocimiento antropológico (Rabinow *et al.*, 2008); por otro lado, los estudios empíricos realizados sobre los métodos de investigación de las ciencias sociales desarrollados por los Estudios de Ciencia y Tecnología (*Science and Technology Studies*, STS) (Law, 2004). Nos resultan especialmente inspiradoras una serie de contribuciones que problematizan nuestras concepciones sobre los métodos de investigación y que evidencian su condición hegemónica, su carácter situado geográfica e históricamente, así como la naturaleza material y espacial de todas las técnicas de investigación (Law y Ruppert, 2013; Savage, 2010; Igo, 2007; Lezaun, 2007).

El capítulo está estructurado de la siguiente manera: en la primera sección realizamos una tipología de lo que denominamos ‘modos de colaboración’, donde proponemos que la colaboración es una modalidad de relación constitutiva del trabajo de campo antropológico. Hay, sin embargo, diversas maneras de entenderla, por ello proponemos tres modos y nos detenemos en lo que llamamos ‘colaboraciones experimentales’ una modalidad de relación etnográfica que hace uso de lo que conceptualizamos como ‘dispositivos de campo’. Describimos varios de estos dispositivos de campo a partir de nuestras etnografías y, posteriormente, desarrollamos esa noción. A partir del concepto de dispositivo de campo problematizamos la estrecha relación establecida entre colaboración y método, para cerrar el capítulo con un argumento que plantea que las colaboraciones experimentales son una modalidad etnográfica que hace de nuestros interlocutores acompañantes epistémicos: socios en la tarea conjunta de construir problematizaciones sobre el mundo.

1. Modos de colaboración

La colaboración se ha convertido en una figura relacional que está en boca de activistas que aspiran a sustituir las relaciones jerárquicas por organizaciones horizontales, artistas que transforman a quienes

antes eran sus públicos en co-productores, administraciones públicas que hacen de la colaboración institucional el distintivo de sus políticas y proyectos de investigaciones interdisciplinarias que articulan su relación con otras disciplinas en términos colaborativos. En todos esos contextos, la colaboración es investida con una serie de virtudes que Monica Konrad (2012) ha sintetizado como: una mayor atención al trabajo de los otros, formas de actividad más efectiva y la producción de beneficios mutuos, entre otros aspectos. Las llamadas insistentes a la colaboración en múltiples ámbitos sociales pueden entenderse entonces como un fenómeno *epocal* que evidencia la complejidad creciente de nuestra contemporaneidad y los intentos por hacerse cargo de ella. La colaboración sería una respuesta a esa demanda, pero también un indicador de ciertas sensibilidades ético-políticas que promueven formas organizacionales y modos epistémicos distintivos. Entendemos las invocaciones actuales a la colaboración dentro de la antropología en ese contexto histórico, algo que comienza a gestarse dentro de la disciplina durante la década de los ochenta con las formas de antropología implicada (Low y Merry, 2010). La orientación hacia lo colaborativo es también un indicador de reorientaciones en la sensibilidad etnográfica contemporánea de la antropología. Pensemos, por ejemplo, en las etnografías realizadas en laboratorios: mientras que las llevadas a cabo en la década de los ochenta no mencionan nunca la colaboración (Latour y Woolgar, 1979; Hemlreich, 1998; Traweek, 1988), las más contemporáneas no dejan de invocar la necesidad o conveniencia de este tipo de relaciones para en los proyectos etnográficos que se desarrollan trabajo en tales sitios (Rabinow y Stravrianakis, 2013; Riles, 2015). Podríamos decir, por tanto, que la colaboración emerge como evidencia de nuevas sensibilidades epistémicas y políticas en la antropología.

Pero no querríamos caer en la retórica de la novedad, ya que no es difícil afirmar que la antropología tiene una larga historia de colaboración con aquellos pueblos, sociedades y grupos que ha estudiado. Hacer etnografía requiere que acepten la presencia de uno y se

presten a las muchas y diversas solicitudes (formales e informales) que hacemos durante nuestro trabajo de campo: pedimos que nos relaten ciertos hechos pasados, solicitamos entrevistas, requerimos estar presentes en este o aquel acontecimiento... La realización de etnografías ha implicado históricamente lo que podríamos describir como la colaboración de nuestras contrapartes en el campo. Pudiera parecer que esta afirmación se contraponen con lo dicho anteriormente; sin embargo, lo que evidencia es la variabilidad de este concepto y las distintas maneras de entender lo que son y suponen las relaciones de colaboración en el trabajo de campo etnográfico.

Desde los primeros relatos antropológicos basados en informantes clave, pasando por la recopilación de narraciones de terceros realizadas por antropólogos de gabinete (*arm-chair anthropologists*), hasta las prácticas de trabajo de campo más actuales, los antropólogos siempre han dependido de otros para la producción de conocimiento (Stull y Schensul, 1987; Ruby, 1992; Choy *et al.*, 2009). La antropología de los pueblos originarios norteamericanos es un ejemplo del papel fundamental que los informantes clave han desempeñado en la disciplina. Luke Eric Lassiter (2008) ha descrito cómo, de Lewis Henry Morgan a Franz Boas, el trabajo de estos informantes clave fue esencial y no se redujo simplemente a suministrar información. George Hunt, miembro del pueblo Kwakiutl con el que Boas trabajó, fue clave no solo en las actividades de traducción, sino también en la escritura de textos que produjeron en co-autoría. Aunque esta contribución autoral ha sido explicitada en algunos trabajos antropológicos clásicos, ese reconocimiento ha sido siempre una excepción. Podemos reconocer entonces la condición colaborativa que implica cualquier etnografía, pero lo cierto es que sería también necesario matizar esa caracterización. Aunque Boas co-escribió numerosas de sus obras con Hunt, el examen detallado de esa relación revela que el segundo estaba a sueldo y ejercía de asistente de Boas, quien marcaba la agenda de trabajo. Describir este tipo de vinculación como colaboración requiere pues, clarificar y cualificar la relación asimétrica y el acto extractivo que la caracteriza: son relaciones atravesadas por

una profunda asimetría entre un otro informante y un antropólogo informado. En un intento por establecer una heurística que distinga diferentes tipos de colaboración sugerimos designar este tipo de relación como ‘colaboración modo uno’.

En la década de los ochenta, como parte de los intentos por renovar y revigorizar la disciplina, la colaboración fue reclamada como un medio para crear formas de antropología militante (Scheper-Hughes, 1995) o etnografías activistas más comprometidas (Juris, 2007), una estrategia metodológica que permitiría a los antropólogos articular su responsabilidad ética con las comunidades estudiadas (Hymes, 1974). Queremos destacar dos rutas diferentes en estas invocaciones a la colaboración, de un lado etnografías que señalan el momento y lugar del trabajo de campo como el *locus* óptimo para la colaboración. En estos casos, la colaboración se entiende como una estrategia para establecer relaciones simétricas y horizontales con las contrapartes en el campo (Rappaport, 2008). Para Nancy Scheper-Hughes (1995) esta forma de colaboración implica un intento de involucrar y empoderar a las comunidades marginadas. Se trata de una práctica antropológica en la que el proyecto etnográfico bien puede llevar a formas de co-análisis o en algunos casos puede dejar de tener primacía, como ocurre al asumir distintas estrategias de implicación como denuncias mediáticas, testimonios de situaciones de opresión y todo tipo de formas de trabajo comunitario. Hay otra ruta que concibe como sitio paradigmático para la colaboración el momento de la escritura etnográfica. La propuesta de Luke Eric Lassiter (2005, 2008) promueve una práctica de escritura colaborativa a través de la cual ofrecer espacio para una polifonía de voces en el relato etnográfico, una forma de escritura que incorpora las interpretaciones de nuestras contrapartes en el campo. El argumento plantea que una escritura de este tipo permite una representación más rica, matizada y dialógica (Field, 2008)¹.

¹ Nosotros mismos lo hemos practicado de diferentes maneras: en el caso de Tomás, en un capítulo colectivo co-escrito a varias manos por varios de los miembros y pu-

Bien como modo de implicación comunitaria o mediante formas de escritura conjunta, llamamos a este tipo de trabajo de campo atravesado por un compromiso político o ético ‘colaboración modo dos’. Mientras que el modo uno de colaboración presta atención a la condición asimétrica del flujo de información durante el trabajo de campo, el modo dos de colaboración señala la capitalización de la información por antropólogos y propone como solución buscar una relación simétrica que se haga cargo del compromiso ético y político de la antropóloga. Cada uno de esos modos señala lugares específicos para la colaboración (el campo o la representación), prácticas concretas (el suministro de datos o la escritura), y motivaciones (producción de información o compromiso ético). Aunque la breve descripción señala un vector cronológico, esta tipología de modos de colaboración no demarca etapas históricas sino formas distintivas de entender el *locus*, significados y prácticas a través de las cuales se construyen las relaciones de colaboración etnográfica². En tiempos recientes hemos visto otras maneras de concebir y practicar la colaboración etnográfica, una que busca superar la asimetría tradicional de nuestras etnografías sin invocar necesariamente el compromiso político con sus contrapartes. Esta es nuestra experiencia en los proyectos que hemos realizado en contextos urbanos en Madrid y Barcelona con activistas, diseñadores y arquitectos (como describimos más adelante). Nos hemos referido a ello como ‘colaboración modo tres’, un práctica etnográfica a la que también hemos descrito como

blicado en nombre del colectivo En torno a la silla (2017); en el caso de Adolfo, en un trabajo realizado junto al colectivo de arquitectura Zuloark (Corsín Jiménez *et al.*, 2014). Bien es verdad que en el caso de este último sería difícil reconocer que la escritura material de ese artículo se pueda concebir como colaborativa, si bien el proceso previo de discusión fue compartido, la escritura en este caso hubo de ser asumida por los antropólogos.

² Esta clasificación es puramente heurística y no pretendemos valorar ni entramos a criticar los trabajos etnográficos realizados siguiendo uno u otro modo. Únicamente pretendemos enfatizar los diferentes entendimientos que muy a menudo se dan al concepto de colaboración cuando este se invoca en antropología.

‘colaboraciones experimentales’ en la etnografía (Sánchez Criado y Estalella, 2018).

2. Colaboración experimental: modo tres

El desarrollo de etnografías en contextos en los cuales la producción de conocimiento y las prácticas de investigación forman parte de la cotidianidad (tal era el caso de los colectivos de nuestros proyectos) sitúa a las antropólogas ante una singular situación. George E. Marcus y Douglas Holmes han descrito tales sitios como para-etnográficos porque en ellos la antropóloga se encuentra con gentes con prácticas de investigación similares a las suyas, casi etnográficas o para-etnográficas. Las etnografías realizadas a partir del cambio de siglo sobre esos sitios poblados por lo que llamaremos comunidades epistémicas nos hacen ver la necesidad de reconsiderar los modos de relación en el campo y señalan la colaboración como la forma óptima (Holmes y Marcus, 2005, 2008).

Un proyecto que ejemplifica esta situación es el desarrollado por Kim Fortun y Mike Fortun (junto a una serie de colaboradores) para el estudio social del asma (Fortun *et al.*, 2014). Un elemento central de su investigación etnográfica es una plataforma digital (*The Asthma Files*) en la cual están involucrados pacientes, médicos, expertos diversos y diseñadores de software. Los autores conceptualizan y describen el proyecto como una etnografía que experimenta con el estatus del material empírico que comparten a través de Internet los participantes: “En un sentido amplio, el género del archivo y la estructura de archivos de *The Asthma Files* son experimentos con la tecnología y la textualidad, que permiten trabajar en pos de configurar análisis etnográficos sintonizados con los problemas complejos y las cambiantes condiciones de producción”³.

³ En <<http://worldpece.org/about>>acceso 7 de mayo de 2017, traducción propia.

La página web de *The Asthma Files* no tiene el propósito de publicitar la investigación o simplemente presentar resultados, sino servir como infraestructura para el trabajo conjunto de los participantes. El desarrollo de esa plataforma digital (a partir del software Drupal) constituye una parte integral de la investigación. PECE (*Platform for Experimental Collaborative Ethnography*), como denominan a la infraestructura, “conecta a investigadores de forma novedosa, permite nuevos tipos de análisis y visualización de datos, y anima la implicación de los investigadores con problemas públicos y diversas audiencias” (Fortun *et al.*, 2014: 634, traducción propia). Una infraestructura que es tanto parte integral del equipamiento para la producción de conocimiento antropológico como constitutiva al mismo tiempo del objeto de reflexión del proyecto.

Frente a los trabajos de campo de corte naturalista donde la antropóloga participa en un sitio dado, en el caso de *The Asthma Files* la etnografía se desarrolla mediante el diseño de una infraestructura digital que construye el campo etnográfico y forma parte constitutiva de este. La etnografía pasa por la construcción de una infraestructura digital mientras que en otras ocasiones comporta el diseño de eventos públicos, espacios sociales o formatos documentales. Toda una serie de dispositivos experimentales, como los conceptualizamos más adelante, que abren nuevas posibilidades para la indagación antropológica. Como argumentan en su trabajo los Fortun: “hay una necesidad política crítica de desarrollar este tipo de experimentos, puesto que apuntan a otros tipos de conocimiento, construidos sobre la base de modos de colectividad distintos a los que nos hemos acostumbrado” (Fortun *et al.*, 2014: 640; Traducción propia).

Utilizamos el concepto de ‘colaboración modo tres’ para referirnos a estas modalidades etnográficas que se internan en ejercicios experimentales que disponen el campo para la tarea conjunta de construir problematizaciones antropológicas entre los antropólogos y sus contrapartes. En muchos casos, estas experimentaciones no producen relaciones horizontales ni implican el borrado de diferencias (disciplinarias, sociales, etc.), por el contrario, las relaciones de campo están atravesadas por fricciones, conocimientos diversos,

malentendidos sociales y distintas orientaciones epistémicas (Gaspar, 2018). La colaboración en estos casos no es una relación de solidaridad, equidad u horizontalidad, sino la forma relacional de situaciones experimentales y tentativas (Estalella y Sánchez Criado, 2018). Unas circunstancias en las que los interlocutores de la antropóloga ya no son simples informantes, sino ‘acompañantes epistémicos’ que se involucran en el proyecto de construir conjuntamente problematizaciones antropológicas. Sobre ello volvemos al final.

Ciertamente la experimentación etnográfica no es ajena a la antropología, pues el giro reflexivo o literario producido en la década de los ochenta estuvo acompañado de un llamamiento hacia la experimentación en las formas de escritura, como argumentaron en su momento George E. Marcus y Michael J. Fischer (1986). En aquel momento se abre un profundo debate sobre las formas de escritura de la antropología y sus implicaciones éticas y políticas. *Writing Culture. The Poetics and Politics of Ethnography*, volumen editado por el mismo Marcus junto a James Clifford (1986), constituye el epítome esa profunda crítica hacia lo que describen como una ideología que asume que los relatos antropológicos son una representación transparente del mundo, como si pudieran ofrecernos la genuina experiencia etnográfica sin ningún tipo de mediación. El examen del registro antropológico, sin embargo, demostrará la naturaleza construida de sus relatos, plagados de dispositivos retóricos que evidencian que la escritura antropológica es una práctica en la cual “lo poético y lo político son cosas inseparables” (Clifford, 1991: 27). Creemos que el ejercicio experimental que entonces se abre en torno a las formas de representación es desplazado en el momento actual hacia un *locus* diferente: el trabajo de campo, así lo ha argumentado el George E. Marcus en varios lugares (Marcus, 2012).

El examen de las formas de representación abierto por el giro reflexivo nos ofrece además una oportunidad para considerar cómo la antropología narra, no los mundos que trata de comprender sino las relaciones que establece con ellos, o dicho de otra manera, sus propios métodos. Los *tales of the field* (relatos del campo) siguen estando atravesados por una ideología de la transparencia que ofrece relatos poco

fieles a la enorme sofisticación que siempre requiere la construcción de relaciones de campo (entre las cuales se incluyen aquellas que describimos como colaboraciones). La colaboración nos plantea entonces un desafío genuinamente descriptivo, algo en lo que coincidimos con Aurora Álvarez Veinguer y Gunther Dietz (2014) cuando llaman a dar cuenta detallada y empírica de nuestras prácticas de investigación en el campo. Necesitamos encontrar el vocabulario conceptual y el registro descriptivo apropiados para dar cuenta de nuestras formas de colaboración, como hacemos en breve inventario de la siguiente sección que relata algunos ejercicios de experimentación etnográfica.

Antes de pasar a la siguiente sección es importante aclarar un asunto: lo que hemos designado como modo tres de colaboración busca superar la asimetría tradicional de nuestras etnografías (modo uno) sin invocar explícitamente el compromiso político (modo dos). Esto no significa, sin embargo, que la dimensión ética y política implícita en esos ejercicios experimentales sea ignorada sino que la manera de entenderlo y articularlo es diferente. Eludir la retórica explícita de la política no significa que no exista tal compromiso. En este caso, la política se expresa mediante una experimentación destinada a producir modos conjuntos de indagación que permiten construir problematizaciones antropológicas que expanden los mundos en los que vivimos, como desarrollamos más adelante.

3. Inventario de invenciones

Queremos ofrecer ahora una descripción de nuestros proyectos etnográficos desarrollados en una época de gran crisis económica (entre 2012 y 2016, el primero, y entre 2011 y 2014, el segundo) en contextos urbanos de Madrid y Barcelona, unos trabajos de campo que se desarrollaron a través de intervenciones que fueron más allá de lo puramente observacional.

a. Relatar para relacionarse, relacionarse para relatar (por Tomás)

Tras el verano de 2012, comenzaba en Barcelona un proyecto postdoctoral. En él pretendía investigar etnográficamente distintos procesos de diseño participativo de tecnologías de cuidado, en un intento por ampliar de otro modo lo que había hecho en mi tesis. Mi proyecto individual estaba enmarcado en un proyecto más amplio, titulado EXPDEM⁴, cuyo principal objeto era estudiar diferentes procesos de acción política de grupos concernidos con la promoción de la vida independiente en España, por ejemplo: colectivos de personas mayores luchando por tener espacios donde envejecer juntos (*senior co-housing*), miembros del Foro de Vida Independiente y Diversidad (FVID) en su lucha por la autogestión de la asistencia personal, o activistas de la salud mental o la diversidad intelectual luchando contra la institucionalización. El proyecto general había sido pensado desde la óptica de lo que en los estudios de discapacidad (*Disability Studies*) se conoce como “investigación emancipadora” (Oliver, 1992) y estaba ampliamente supervisado en su desarrollo por parte de activistas de estos distintos movimientos, que también participaban como co-investigadores de alguna de las tareas.

La fortuna quiso, además, que Antonio Centeno, uno de los miembros del FVID que participaba en EXPDEM, acabara de iniciar un proyecto de autofabricación de ayudas técnicas junto con otros colegas a los que había conocido a raíz de la comisión de diversidad funcional del 15M de Plaça de Catalunya. El proyecto se llamaba En torno a la silla: formado en su origen por Antonio junto con Alida Díaz, arquitecta, y Rai Vilatovà, antropólogo manitas (todos ellos con una dilatada experiencia en diferentes colectivos activistas de la ciudad), tenía como objetivo re-pensar las relaciones sociales y materiales de las sillas de ruedas y sus ocupantes con su entorno a partir de un kit pensado para intervenirlas (compuesto de una rampa portátil, un

⁴ Véase “EXPDEM: Acción política de los grupos concernidos con la promoción de la vida independiente en España” (Proyecto EXPDEM, 2011-2014).

maletín-reposabrazos y una mesa plegable). Todo ello decantaba las muchas reflexiones que se abrieron en torno a las dificultades para prolongar su naciente relación de amistad, causadas por la inaccesibilidad de distintos espacios públicos y privados.

El proyecto, aún poco más que una idea, había sido seleccionado para una convocatoria de talleres de Medialab Prado-Madrid, un centro del ayuntamiento de Madrid, reconocido por su énfasis en diferentes áreas de la cultura libre, la documentación en abierto de los procesos de creación, y su metodología de co-creación que hacía del prototipado un elemento central, no un mero punto del proceso que debería culminar en objetos cerrados. Habría dos talleres en Madrid y contaban con un pequeño presupuesto para experimentar con sus creaciones en el invierno de 2012 a 2013. Antonio me invitó a que enviara mi proyecto a los componentes de En torno a la silla y recibió una acogida muy entusiasta. Sin embargo, en la primera reunión a la que asistí, en la que todos no paraban de hacer cosas, el requerimiento para participar se hizo claro: “aquí no puedes estar sólo mirando”. Y esa interpelación y el enganche con el proyecto abrieron un proceso de una peculiar colaboración etnográfica que se prolongó hasta 2016 y que creó unas amistades que duran hasta la fecha.

En mi deseo de ser útil, aporté al grupo lo que sabía hacer: mi etnografía pasó a tener lugar a través de la documentación de los procesos de creación del grupo. A pesar de haber partido con un sistema doble de anotación (por un lado, la documentación para el grupo y, por otro, mis anotaciones etnográficas), todo fue progresivamente mezclándose: mis anotaciones eran muchas veces públicas, abiertas a que todos pudieran reflexionar a partir de sus notas, fotos y videos sobre lo hecho; las actas y los emails para el grupo se cargaron de reflexiones sobre las atmósferas, los espacios, los climas y las relaciones. Además, dada la intensidad creativa y colectiva de lo que allí se abría, lo que empezó como una documentación etnográfica al uso con un bloc dio paso a un uso intensivo del móvil, empleando toda clase de aplicaciones para capturar imágenes y anotar. Con ese material, pasé a dinamizar procesos de reflexión colectiva, donde

fuimos produciendo tutoriales y reflexiones colectivas de cariz más poético o político que terminaban siendo publicados como entradas de un blog, que creé como un repositorio colectivo. En el blog se publicaban todas las reflexiones sobre nuestros procesos de diseño, las críticas de la estandarización y la situación del mercado de ayudas técnicas tras las medidas de austeridad de 2010, o relatos de todas unas intensas vacaciones de verano donde se probaron las rampas en una convivencia inusitada. Asimismo, en muchas ocasiones en que fui invitado como etnógrafo a presentar mi trabajo, rehusaba ir solo y eso dio lugar a muchas presentaciones corales que supusieron elaborados momentos para la reflexión y la puesta en común.

De ser un proyecto de prototipado, En torno a la silla pasó a ser también un proyecto de documentación en abierto, algo que se amplió cuando se unió al grupo Arianna Mencaroni, documentalista y socióloga. Así, En torno a la silla dinamizó distintos seminarios y encuentros de co-creación, como la Primavera Cacharrera o el Cacharratón, donde no solo se creaban prototipos de bajo coste desde la diversidad funcional, sino donde se documentaban procesos de creación que normalmente quedan ocultos y, para ello, se movilizaban las capacidades de documentación a través del dibujo, el vídeo o el *live-tweeting* de todos los presentes. En ese proceso, se produjo una transformación que fue más allá de que yo pasara de ser un mero etnógrafo a un documentador. Esta implicación etnográfica tuvo un impacto en el proyecto En torno a la silla, en tanto que esa documentación y reflexión pasaron a ser un problema compartido. En ese proceso, En torno a la silla se convirtió en un dispositivo etnográfico en torno al relacionarse para relatar y relatar para relacionarse. Un dispositivo desde el que problematizar conjuntamente el diseño participativo de tecnologías de cuidado.

b. Infraestructuras etnográficas (por Adolfo)

Sabemos que uno de los primeros escollos al hacer etnografía es el acceso a los mundos sociales que pretendemos comprender. Los

colectivos con los que trabajamos pueden ser esquivos por razones muy diversas y nosotros mismos podemos cometer errores difíciles de anticipar. ¿Qué hacer cuando no podemos acceder a los sitios que pretendemos investigar? En esta breve descripción doy cuenta de una etnografía que fracasa en su acceso y ha de inventar (o disponer) su propio contexto de relación. En ese proceso re-aprendo a desarrollar la etnografía en otros términos, acompañado de otros (contrapartes en el campo) y otras (disciplinas profesionales).

A mediados del año 2011 comencé mis primeras visitas al estudio del colectivo Basurama en Madrid, un colectivo compuesto por arquitectos en la treintena (la mayor parte hombres) cuya práctica profesional transita desde la arquitectura al arte. Su trabajo se desarrolla muy habitualmente a través de intervenciones en el espacio público realizadas en colaboración con vecinas y ciudadanos. Las visitas formaban parte de un proyecto de investigación realizado en colaboración con mi colega Alberto Corsín Jiménez. Nos interesaba esa práctica colaborativa y la particular sensibilidad para abordar la ciudad que parecían traslucir sus trabajos. Comencé por asistir con cierta periodicidad al estudio, pero a pesar de haber obtenido autorización no tardé en notar cierta incomodidad entre sus miembros hasta que pasados dos meses me solicitaron retrasar el proyecto hasta más adelante. En esa situación, junto a Alberto, decidimos proponerles participar en un proyecto conjunto. En lugar de una etnografía convencional Basurama se convirtió con otro colectivo, Zuloark, en socios y parte integral de un proyecto formal financiado por el plan de investigación nacional.

Durante unos 18 meses mantuvimos una serie periódica de reuniones cuyo objetivo último era el diseño de nuestro proyecto conjunto y ejecución. Nos reuníamos a menudo, semanalmente, en los estudios de Basurama y Zuloark en un momento de efervescencia política e inventiva urbana que acontecía en la ciudad. Las asambleas del 15M, los huertos urbanos comunitarios que habían proliferado por la ciudad y toda una serie de espacios autogestionados daban cuenta de vecinas que habían decidido hacerse cargo de los

asuntos urbanos. Los encuentros con Basurama y Zuloark ponían sobre la mesa todos esos proyectos que de maneras diversas problematizaban el diseño experto de la ciudad y dejaban en evidencia, como hacían las prácticas de Basurama y Zuloark, que la ciudad puede ser diseñada por saberes tradicionales no institucionalizados.

Las reuniones formales dieron después lugar a encuentros informales en distintos lugares de la ciudad donde se reflexionaba sobre asuntos urbanos (La Mesa de gestión ciudadana del espacio público). De unas y otras surgieron varios proyectos a través de los cuales se ampliaba nuestra relación, uno de ellos fue una serie de seminarios y encuentros organizados en el centro de arte Intermediae (Matadero). Cuando estábamos a punto de finalizar el proyecto sin haber llegado a materializarlo sustantivamente logramos financiación del Museo Reina Sofía para continuar con nuestra investigación. La situación nos obligó a concretar buena parte del trabajo conceptual que habíamos desarrollado hasta entonces y lo hicimos a través de Ciudad Escuela. Un proyecto dedicado a los aprendizajes para hacer ciudad, lo hemos descrito como un experimento de pedagogía urbana de código abierto.

Ciudad Escuela se sostenía sobre tres pilares:

- 1) Una serie de talleres de aprendizaje abiertos a la participación que se desarrollaron en diversos espacios e iniciativas ciudadanas de la ciudad;
- 2) Una metodología de aprendizaje que hacía de la ambulación por la ciudad uno de sus pilares;
- 3) Una infraestructura digital en Internet que apoyaba la documentación de los aprendizajes y la acreditación de estos. Ciudad Escuela proponía varios itinerarios de aprendizaje que estaban organizados en temáticas que iban desde los urbanismos en beta que traen a la ciudad un impulso experimental a los desplazamientos (y nuevos emplazamientos) para aprender a hacer

ciudad, o las interfaces que redefinen el espacio público urbano re-cableándolo.

Cuando Ciudad Escuela vio la luz llevábamos más de tres años de etnografía y para entonces habíamos desarrollado un vocabulario conceptual de la ciudad descubierta que pasó a formar parte del mismo proyecto. Los nombres de los itinerarios y módulos de aprendizaje eran en parte una decantación etnográfica: urbanismos en beta, archivos urbanos, infraestructuras abiertas, etc. La configuración material y la propuesta conceptual de Ciudad Escuela era el resultado de dos prácticas profesionales y sensibilidades distintas: aunaba en su diseño y configuración la práctica constructiva de la arquitectura (de ahí los talleres, la vocación pedagógica, etc.) y la aspiración descriptiva de la antropología (vocabulario, narrativa, etc.). En cierta medida, Ciudad Escuela era una etnografía convertida en infraestructura. Una infraestructura que habilitaba el desarrollo de esa misma etnografía.

Una infraestructura destinada al aprendizaje de hacer ciudad, pero también una infraestructura que me enseñaba a practicar la etnografía por otros medios. Muy distinto de etnografías que podrían describirse fielmente como ejercicios de observación, aquí el trabajo de campo había demandado el diseño de espacios de encuentro y la creación de una infraestructura material. Acompañados por y acompañando a otra disciplina (la arquitectura), nos acompañábamos de otros en la tarea conjunta de problematizar la ciudad. Bien podríamos decir que Ciudad Escuela nos ofrecía una infraestructura para problematizar la ciudad con otros.

4. Dispositivos de campo

Las secciones anteriores han descrito varios casos que dan cuenta de lo que hemos llamado ‘colaboración modo tres’, proyectos

etnográficos en los cuales los antropólogos (junto a sus contrapartes) diseñan las condiciones para acompañar a (y acompañarse de) otros y otras: bien porque las condiciones para estar juntos no están dadas (*The Asthma Files*), porque estas son adversas (Ciudad Escuela) o sencillamente porque hay una demanda por estar juntos de una manera diferente (En torno a la silla). Lejos de las prácticas naturalistas del trabajo de campo, estos dispositivos son el resultado de ejercicios experimentales que exploran tentativamente cómo relacionarse con las contrapartes en el campo.

Quizás puedan parecer situaciones artificiales (y artificiosas), pero nada en nuestra experiencia etnográfica indica que nuestras contrapartes lo interpretaran en esos términos. La propuesta de proyecto sobre aprendizajes urbanos de Ciudad Escuela era un contexto de lo más natural para una serie de arquitectos dedicados a la investigación e intervención urbana, más adecuado (como Adolfo pudo comprobar) que la presencia extraña que suponía un antropólogo dedicado a la observación en su estudio. Algo similar podríamos decir del proyecto En torno a la silla, donde el proceso creativo y sus formas de relación eran similares a las de otros espacios e iniciativas activistas del momento en que se desarrolló.

Los ejercicios que hemos descrito son el resultado de diseños en los cuales el antropólogo o la antropóloga disponen con sus contrapartes las condiciones para estar juntos. En ocasiones esto toma la forma de encuentros periódicos dedicados a proyectar, en otras se expresa en una plataforma digital, una práctica de documentación compartida, una serie de encuentros públicos... Llamamos a esa manera de disponer el campo 'dispositivos de campo' (*fieldwork devices*). Tratamos de hacer visible con ese concepto que las etnografías en determinados sitios de la contemporaneidad no pueden ya desarrollarse mediante aproximaciones naturalistas en las que el investigador va, observa, participa y regresa, sino que requieren de invenciones materiales y espaciales a través de las cuales se diseñan las condiciones necesarias para estar juntos. La noción de dispositivo de campo hace visible la espacialidad y materialidad de esas invenciones.

Tomamos inspiración en esa conceptualización de la forma como John Law y Evelyn Ruppert (2013) describen los métodos de investigación como dispositivos que “ensamblan y disponen el mundo en patrones sociales y materiales específicos” (ídem, p. 230, traducción propia). El caso de la entrevista ilustra de manera paradigmática el concepto: el investigador dispone un determinado momento y lugar para establecer un diálogo con la persona entrevistada; cada persona tiene un rol claramente dispuesto (uno habla y el otro pregunta); el investigador probablemente tendrá un cuestionario (fijo u orientativo) y grabará lo dicho para ser utilizado posteriormente. La entrevista dispone el encuentro en términos espaciales, materiales y relacionales.

Podemos describir entonces la etnografía como un ensamblaje de dispositivos, técnicas y metodologías estandarizadas como la observación participante, la entrevista, el diario de campo, el *rapport*, etc. Los dispositivos de campo que caracterizan a los ejercicios experimentales presentan algunas particularidades frente a esos otros, entre ellos dos aspectos que revelan su carácter distintivo: primero, no son estándares, sino que resultan de los ejercicios de inventiva en el campo; y, segundo, no son técnicas que se aplican al campo, sino que resultan de él. Los métodos de investigación convencionales nos ofrecen tecnologías de la relación estándares que pueden (y muy a menudo deben) ser utilizadas. En contraste, los dispositivos de campo son siempre logros situados, productos singularísimos de cada proyecto etnográfico, como hemos visto en los casos descritos. No son técnicas estandarizadas, probablemente no sean estandarizables y tampoco aspiran a serlo porque son, ante todo, el resultado de gestos de genuina inventiva del etnógrafo y sus contrapartes.

El segundo aspecto distintivo es que los dispositivos de campo no solo disponen el campo, sino que son elementos constitutivos de este, objetos empíricos que proporcionan conocimiento sobre el campo. Los dispositivos de campo no son solo técnicas para la producción de conocimiento etnográfico, sino objetos etnográficos. Ciudad Escuela, por ejemplo, ofrece evidencias de la condición pedagógica de la

ciudad, el vocabulario conceptual que da cuenta de ésta, las prácticas de intervención material y la relevancia de las tecnologías digitales. Efectos relacionales del campo, tienen una doble condición etnográfica: nos hablan de los mundos sociales investigados al mismo tiempo que dan cuenta del esfuerzo inventivo de las antropólogas por investigarlos.

5. Más que método

Queremos detenernos un momento en esta particular práctica de disponer material, espacial y relacionamente el campo mediante lo que hemos descrito como dispositivos de campo pues nos ofrece un vocabulario para conceptualizar colaboración, alternativo al del método. Muy a menudo, el debate sobre la colaboración etnográfica se plantea como un asunto metodológico. Sea contra el método (porque la colaboración lo subvierte) o sea a favor del método (porque pretende normalizarla y convertirla en método), la colaboración se piensa desde el marco del método, una manera de conceptualizarla demasiado limitada, como critica Alberto Arribas en la introducción de este volumen, pues nos carga con todo el peso de la norma y la forma de la etnografía.

El método constituye ese objeto epistémico que encarna la tradición y modela también la formación de antropólogos y antropólogas: un conjunto de conocimientos disciplinares que orientan y normalizan nuestras maneras de relacionarnos en el campo. El método etnográfico es un conocimiento que nos orienta y guía, que pone límites y establece restricciones al tipo de relaciones que podemos (o debemos) establecer en el trabajo de campo. El método funciona como un modelo que va de lo orientativo a lo normativo y que nos ayudan a navegar la complejidad de las relaciones de campo. Eso hace que el método sea extraordinariamente valioso, pero si consideramos empíricamente cualquier trabajo de campo etnográfico reconoceremos

que este siempre supera y desborda las anticipaciones que el método plantea. Cuando hacemos trabajo de campo hemos de improvisar constantemente y, en muchas ocasiones, podríamos decir que hemos de inventar cómo relacionarnos. El método es insuficiente para dar cuenta de la complejidad social y sofisticación epistémica de la situación etnográfica: lo que ocurre cuando hacemos trabajo de campo desborda las hechuras del método. Creemos que así lo insinúa Alberto Arribas cuando señala en la introducción del volumen la imposibilidad de estandarizar los modos singulares de cada colaboración. No pretendemos impugnar la figura del método –un tema que ha ocupado y ocupa ampliamente nuestra reflexión–. Tampoco rechazamos la concepción de la etnografía como método o el valor que tiene el sólido repertorio de metodologías colaborativas existentes como la Investigación Acción Participativa o las etnografías activistas, propuestas que ofrecen recursos extremadamente valiosos. Sin embargo, queremos evidenciar que la colaboración etnográfica no es solo, y no es siempre, el resultado de la aplicación del método; abrir la posibilidad para conceptualizar y describir la colaboración más allá del método, o fuera del método, nos ofrece enormes oportunidades para nuestras prácticas de campo.

Nuestra experiencia en algunas etnografías (y no en todas, ciertamente) nos ha llevado a reconocer que el trabajo de campo está a menudo lleno de gestos de invención que destacan sobre el fondo de la norma metódica, como hemos descrito en la sección anterior al inventariar algunas de esas invenciones. La invocación de la invención evidencia la necesidad de elaborar vocabularios conceptuales que den cuenta de lo que ocurre en las situaciones de campo donde se desarrolla la colaboración. Ciertamente el vocabulario de la inventiva no es habitual en la descripción del trabajo de campo, pero se trata de una figura que no es completamente ajena a la disciplina. Roy Wagner (1975) ya describió la tarea antropológica como una volcada en *La invención de la cultura*. Nuestras descripciones de las vidas y formas de habitar el mundo de los otros son el resultado de la invención del antropólogo, más que simplemente describir la cultura

ajena, argumenta Wagner (ídem, p. 13, traducción propia), “podríamos decir que un antropólogo ‘inventa’ la cultura que cree estudiar, que la relación es más ‘real’ por ser sus actos y experiencias particulares que las cosas que ‘relata’”. La invención que Wagner señala es una actividad descriptiva y conceptual, que ocurre principalmente en el momento de análisis y escritura. La invención de los ejercicios etnográficos que nosotros hemos descrito se expresa en el campo, como ha tratado de evidenciar nuestro breve inventario de dispositivos de campo. No solo las relaciones (relatos) de nuestra escritura requieren de nuestra inventiva, también las relaciones de campo demandan enormes dosis de invención, especialmente cuando estas están fundadas en la colaboración.

6. Acompañantes epistémicos

El encuentro etnográfico es una situación enormemente compleja y ciertamente el trabajo de campo puede entenderse de maneras muy diversas: es el momento y el lugar para la producción de datos empíricos; el sitio donde elaboramos el conocimiento antropológico; una instancia de aprendizajes diversos y el momento que transforma ineludiblemente al etnógrafo... Queremos avanzar una versión que lo concibe como el *locus* en el que construimos nuestras problematizaciones antropológicas. El trabajo de campo, queremos plantear, es el sitio donde descubrimos las preguntas que no teníamos pero que merecen la pena ser planteadas. Seguimos aquí la argumentación de Paul Rabinow (2011) cuando formula su proyecto antropológico como uno interesado por la construcción de problematizaciones de la contemporaneidad. El autor hace uso del concepto empleado por Michel Foucault para hablar de las grandes preocupaciones de una época, sea el interés de la Grecia clásica con el placer y la libertad o la atención en la modernidad con la vida y la gubernamentalidad liberal. La problematización es un objeto histórico y es también una

construcción del analista que la elabora recurriendo a prácticas discursivas y no discursivas con las cuales hace que un determinado asunto entre en el espacio de la discusión y se convierta en objeto de pensamiento y acción.

El breve inventario de dispositivos de campo que hemos descrito da cuenta de diversas etnografías que indagan en el asma y la salud del medioambiente (*The Asthma Files*), las concepciones tradicionales de la ciudad y el monopolio que los expertos ostentan sobre su diseño (Ciudad Escuela), o el imaginario de cuerpos estandarizados y la misma noción de normalidad (En torno a la silla). Todas ellas son problematizaciones construidas en el campo etnográfico con la particularidad de que han sido elaboradas en compañía de otros y otras a través de ejercicios (no únicamente discursivos) que movilizan todo tipo de recursos: infraestructuras, lugares, géneros documentales, etc. Nuestras experiencias etnográficas nos han llevado a realizar una intensa reflexión sobre el papel que nuestras contrapartes en el campo tienen en nuestro oficio antropológico, esos otros y otras que han dejado de ser meros informantes para convertirse en lo que queremos designar como acompañantes epistémicos, socias en la tarea conjunta de problematizar el mundo. Lo que hemos conceptualizado como colaboración experimental (colaboración modo tres) constituye entonces una modalidad etnográfica que dispone el campo para la tarea de construir problematizaciones conjuntas (*joint problem-making*) (Sánchez Criado y Rodríguez Giralt, 2016). Estas son un logro conjunto del antropólogo y aquellas a las que acompaña, el efecto de la invención etnográfica que se despliega mediante diseños espaciales, materiales, documentales e infraestructurales.

Podría parecer, en una primera instancia, que el planteamiento que hemos propuesto es muy limitado y que solo es válido para el desarrollo de etnografías en instituciones expertas o entre lo que hemos llamado comunidades epistémicas. Sin embargo, queremos plantear que la propuesta de colaboraciones experimentales puede entenderse en un sentido más amplio, pues lo que está en juego no es cómo hacer etnografías en laboratorios o centros expertos sino qué

significa reconocer que nuestras contrapartes en el campo son pares epistémicos en la producción de conocimiento sobre el mundo.

Nuestra experiencia etnográfica nos hace pensar que la época actual nos demanda una imaginación metodológica distinta y una manera de relatar nuestras relaciones de campo diferente. Resulta cada vez más urgente pensar la colaboración desde un lugar distinto al método porque esta figura ya no nos ofrece una descripción óptima de nuestras prácticas de campo. La propuesta que hacemos es arriesgada, pero creemos que resulta necesario expandir el alcance de nuestros métodos y generar las condiciones para ampliar el tipo de problematizaciones antropológicas que somos capaces de construir. Concebir las relaciones de colaboración como el genuino efecto de la invención etnográfica puede ayudarnos a desplegar las condiciones para problematizar el mundo acompañados (y acompañando) a otras.

7. Agradecimientos

Gracias a los editores/as por la generosa invitación a contribuir en este libro, y gracias muy especialmente a Alberto Arribas por su generosa lectura y enriquecedores comentarios.

Bibliografía

Álvarez Veinguer, A. & Dietz, G. 2014 “Etnografía colaborativa: coordenadas desde un proyecto en curso (InterSaberes)” en *Actas del XIII Congreso de Antropología de la FAAEE* (Tarragona: Editorial Universitat Rovira i Virgili).

Choy, T. K. *et al.* 2009 “A New Form of Collaboration in Cultural Anthropology: Matsutake Worlds” en *American Ethnologist*, Vol. 36, Nº 2: 380-403.

Clifford, J. 1991 “Introducción: Verdades parciales” en Clifford, J. & Marcus, G. E. (eds.) *Retóricas de la antropología* (Madrid: Júcar Universidad).

Clifford, J. & Marcus, G. E. 1986 *Writing Culture. The Poetics and Politics of Ethnography* (Berkeley / Los Ángeles / Londres: University of California Press).

Corsín Jiménez, A.; Estalella, A. & Collective, Z. 2014 “The interior design of [free] knowledge” en *Journal of Cultural Economy*, Vol. 7, Nº 4: 403-515.

En torno a la silla 2017 “Soporte” en Trànsit Projectes (eds.) *Deconstruyendo el Manifiesto Maker* (Barcelona: Trànsit).

Estalella, A. & Sánchez Criado, T. 2015 “Experimental collaborations: An invocation for the redistribution of social research” en *Convergence: The International Journal of Research into New Media Technologies*, Vol. 21, Nº 3: 301-305.

Estalella, A. & Sánchez Criado, T. (eds.) 2018 *Experimental collaborations. Ethnography through fieldwork devices* (Nueva York / Oxford: Berghahn).

Faubion, J. D. & Marcus, G. (eds.) 2009 *Fieldwork is not what it used to be. Learning Anthropology's Method in a Time of Transition* (Ithaca: Cornell University Press).

Field, L. W. 2008 “‘Side by Side or Facing One Another’: Writing and Collaborative Ethnography in Comparative Perspective” en *Collaborative Anthropologies*, Vol. 1, Nº 1: 32-50.

Fortun, K. *et al.* 2014 “Experimental ethnography online. The asthma files” en *Cultural Studies*, Vol. 28, Nº 4: 632-642.

Gaspar, A. 2018 “Idiotic Encounters: Experimenting with Collaborations between Ethnography and Design” en Estalella, A. & Criado, T. S. (eds.) *Experimental collaborations. Ethnography through fieldwork devices* (Nueva York / Oxford: Berghahn).

- Helmreich, S. 1998 *Silicon Second Nature. Culturing Artificial Life in a Digital World* (Chicago / Los Ángeles / Londres: University of California Press).
- Hine, C. 2000 *Virtual Ethnography* (Londres: Sage).
- Holmes, D. & Marcus, G. E. 2005a “Cultures of Expertise and the Management of Globalization: Toward the Refunctioning of Ethnography” en Ong, A. & Collier, S. J. (eds.) *Global Assemblages: Technology, Politics, and Ethics as Anthropological Problems* (Oxford: Blackwell).
- Holmes, D. & Marcus, G. E. 2005b “Refunctioning Ethnography: The Challenge of an Anthropology of the Contemporary” en Denzin, N. & Lincoln, Y. (eds.) *Handbook of Qualitative Research* (Thousand Oaks: Sage).
- Holmes, D. & Marcus, G. E. 2008 “Collaboration Today and the Re-Imagination of the Classic Scene of Fieldwork Encounter” en *Collaborative Anthropologies*, N° 1, 136-170.
- Holmes, D. & Marcus, G. E. 2012 “Collaborative Imperatives: A Manifesto, of Sorts, for the Reimagination of the Classic Scene of Fieldwork Encounter” en Konrad, M. (ed.) *Collaborators Collaborating. Counterparts in Anthropological Knowledge and International Research Relations* (Nueva York / Oxford: Berghahn).
- Hymes, D. (ed.) 1974 *Reinventing Anthropology* (Nueva York: Vintage).
- Igo, S. E. 2007 *The Averaged American: Surveys, Citizens and the Making of a Mass Public* (Cambridge: Harvard University Press).
- Ingold, T. 2008 “Anthropology is not ethnography” en *Proceedings of the British Academy*, N° 154, 69-92.
- Juris, J. S. 2007 “Practicing Militant Ethnography with the Movement for Global Resistance (MRG) in Barcelona” en Shukaitis, S. & Graeber, D. (eds.) *Constituent Imagination: Militant Investigation, Collective Theorization* (Oakland: AK Press).
- Kelty, C. M. 2008 “Collaboration, Coordination and Composition: Fieldwork after the Internet” en Faubion, J. & Marcus, G. (eds.) *Fieldwork isn't what it used to be* (Ithaca: Cornell University Press).

Konrad, M. (ed.) 2012 *Collaborators Collaborating. Counterparts in Anthropological Knowledge and International Research Relations* (Nueva York / Oxford: Berghahn).

Lassiter, L. E. 2005 *The Chicago guide to collaborative ethnography* (Chicago: University of Chicago Press).

Lassiter, L. E. 2008 "Moving Past Public Anthropology and Doing Collaborative Research" en *NAPA Bulletin*, Vol. 29, N° 1: 70-86.

Law, J. 2004 *After Method: Mess in Social Science Research* (Londres: Routledge).

Law, J. & Ruppert, E. 2013 "The Social Life of Methods: Devices" en *Journal of Cultural Economy*, Vol. 6, N° 3: 229-240.

Lezaun, J. 2007 "A market of opinions: the political epistemology of focus groups" en *Sociological Review*, Vol. 55, N° s2: 130-151.

Low, S. M. & Merry, S. E. 2010 "Engaged Anthropology: Diversity and Dilemmas" en *Current Anthropology*, Vol. 51, N° 2.

Marcus, G. E. 1995 "Ethnography in/of the World System: The Emergence of Multi-Sited Ethnography" en *Annual Review of Anthropology*, N° 24, 95-117.

Marcus, G. E. 2012 "The Legacies of Writing Culture and the Near Future of the Ethnographic Form: a Sketch" en *Cultural Anthropology*, Vol. 27, N° 3: 427-445.

Marcus, G. E. 2014 "Prototyping and Contemporary Anthropological Experiments With Ethnographic Method" en *Journal of Cultural Economy*, N° 74: 399-410.

Marcus, G. E. & Fischer, M. M. J. 1986 *Anthropology as Cultural Critique. An experimental moment in the human sciences* (Chicago / Londres: The University of Chicago Press).

Oliver, M. 2002 "Changing the Social Relations of Research Production?" en *Disability, Handicap & Society*, Vol. 7, N° 2: 101-114.

Proyecto *En torno a la silla* en <<https://entornoalasilla.wordpress.com/>> acceso el 7 de mayo de 2019.

- Proyecto EXPDEM (2011-2014) en <<https://expdem.net/>> acceso 7 de mayo de 2019.
- Proyecto *The Asthma Files* en <<https://theasthmafiles.org/>> acceso 7 de mayo de 2019.
- Rabinow, P. 2011 *The Accompaniment: Assembling the Contemporary* (Chicago: University Of Chicago Press).
- Rabinow, P. et al. 2008 *Designs for an Anthropology of the Contemporary* (Durham / Londres: Duke University Press).
- Rabinow, P. & Bennett, G. 2012 *Designing Human Practices. An Experiment with Synthetic Biology* (Chicago: The University of Chicago Press).
- Rabinow, P. & Stavrianakis, A. 2013 *Demands of the Day: On the Logic of Anthropological Inquiry* (Chicago: University of Chicago Press).
- Rappaport, J. 2008 “Beyond Participant Observation: Collaborative Ethnography as Theoretical Innovation” en *Collaborative Anthropologies*, Vol. 1, N° 1: 1-31.
- Riles, A. 2015 “From Comparison to collaboration: experiments with a new scholarly and political form” en *Law and contemporary*, Vol. 78, N° 1-2: 147-183.
- Ruby, J. 1992 “Speaking For, Speaking About, Speaking With, or Speaking Alongside: An Anthropological And Documentary Dilemma” en *Journal of Film and Video*, Vol. 44, N° 1-2: 42-46.
- Savage, M. 2010 *Identities and Social Change in Britain since 1940: the Politics of Method* (Oxford: Oxford University Press).
- Sánchez Criado, T. & Estalella, A. 2018 “Introduction. Experimental collaborations” en Estalella, A. & Criado, T. S. (eds.) *Experimental collaborations. Ethnography through fieldwork devices* (Nueva York / Oxford: Berghahn).
- Sánchez Criado, T. & Rodríguez-Giralt, I. 2016 “Caring through Design?: En torno a la silla and the ‘Joint Problem-Making’ of Technical Aids” en Bates, C.; Imrie, R. & Kullman, K. (eds.) *Care and Design: Bodies, Buildings, Cities* (Oxford: Wiley).

Scheper-Hughes, N. 1995 “The primacy of the ethical: propositions for a militant anthropology” en *Current Anthropology*, N° 36: 409–420.

Strathern, M. 2018 “Relations” en Stein, F. *et al.* (eds.) *The Cambridge Encyclopedia of Anthropology* (Cambridge: University of Cambridge).

Stull, D. & Schensul, J. J. 1987 *Collaborative research and social change: applied anthropology in action* (Boulder: Westview).

Traweek, S. 1988 *Beamtimes and Lifetimes: The World of High Energy Physicists* (Cambridge: Harvard University Press).

Wagner, R. 1975 *The Invention of Culture* (Chicago / Londres: The University of Chicago Press).